

## BIBLIOGRAFIA

JUAN STRAUBINGER.—*El Salterio*, según la versión de Torres Amat, revisado y anotado.—Publicado por los Padres del Verbo Divino.—Un vol. de 572 págs., 10 × 16 cm.—Buenos Aires, 1943.

Este libro, que presenta en esmeradísima edición el texto de los Salmos según la Vulgata latina, junto con una buena traducción castellana y con numerosas notas aclaratorias e ilustrativas, tendrá seguramente la acogida que merece. Preceden a los textos bíblicos una Introducción, y el Decreto de la Comisión Bíblica que fija la doctrina oficial de la Iglesia acerca de los autores y del tiempo de composición de los Salmos.

No dejaremos de mencionar que el editor ha *depurado* (como él mismo dice, con expresión justa aunque algo fuerte) la traducción de Torres Amat de las palabras y frases intercaladas que, con el fin — laudable en sí — de aclarar el texto bíblico, lo adulteraban. Los católicos no podemos leer la Sagrada Escritura sino en ediciones anotadas; pero no deben confundirse los textos anotados con los textos modificados o arreglados, no siempre con pleno acierto.

Isabel Godean.

JOSE DE LA RIVA-AGÜERO.—*Estudios sobre Literatura Francesa*.—Un vol. de 162 págs.; 13 × 19 cm.—Imprenta Lumen, Lima, 1944.

No es empresa común entre nosotros la publicación de estudios documentados y profundos sobre personajes o problemas de las literaturas extranjeras, particularmente de los siglos pasados. Fuera de algunas ligeras referencias, anidados trabajos de ocasión o producciones de índole didáctica, nuestros escritores no se sienten por lo común muy inclinados a abordar tales campos, tal vez, entre otras causas, por la dificultad fundamental que representa hallar en nuestras librerías fuentes directas de lectura o consulta. Se ha acentuado además en nuestro tiempo un nacionalismo marcadísimo, que incita a tratar los temas propios con más ferviente afán y más concreta preparación que los ajenos. La llamada "generación universitaria" que descolló con tanto brillo alrededor del año de 1910, aseguró un camino predominantemente peruanista que ha sido seguido con ahinco por las promociones posteriores. Camino no sólo sentimental y emocionado, sino de esforzada y fructuosa cosecha en el terreno de la in-

vestigación; como se revela, por ejemplo, en la obra de José de la Riva-Agüero, figura señera de esa generación, de acendrado y robusto peruanismo y auténtico y eficaz renovador de los estudios históricos nacionales.

Pero es precisamente a Riva-Agüero a quien se debe ahora una publicación de carácter totalmente diverso: unos detallados y sutiles estudios sobre la literatura francesa del siglo XVI. Con su habitual destreza, con su criterio claro y lúcido, un conocimiento verdaderamente enciclopédico que le permite superar las más penosas escaseces del medio, y con la misma firme línea que marca todas sus actividades, en la literatura y en la vida, el prestigioso polígrafo nos sorprende un tanto, por el tema, con esta su nueva producción. Sorpresa relativa, desde luego, porque ya en otras ocasiones había tratado temas universales con deleite, como en su estudio sobre San Alberto Magno o su conferencia sobre Goethe, pero en trabajos que tenía el estímulo externo de un aniversario o una fecha y no llegaban, de otro lado, a la extensión y al detalle del actual.

La coyuntura en este caso ha sido la publicación de un folleto sobre la métrica de Ronsard y Malherbe, debido al profesor norteamericano C. C. Hunniston y editado por la Universidad de California. Comentándolo e interpretándolo, Riva-Agüero ha escrito sus *Estudios sobre Literatura Francesa*, aparecidos primero en la *Revista de la Universidad Católica* y elegantemente impresos ahora en forma de libro. Es un volumen bello y útil, que aclara las notas esenciales de la poesía francesa en pleno auge del Renacimiento; en aquella época que se abre con el lujo vital y la arrogancia de la florida corte de Francisco I y que, al modificarse en el siglo XVII, se puede decir que dura casi precisamente una centuria: entre el nacimiento de Ronsard en 1524 y la muerte de Malherbe acaecida en 1628.

Son estos dos nombres en efecto — los de Pedro de Ronsard y Francisco de Malherbe —, los polos entre los que gira toda la poesía francesa de aquel siglo. Creador y vital el uno, crítico y acentuadamente censor el otro, entre la lozanía encendida de Ronsard y la severidad fría de Malherbe se abre y se cierra un radioso capítulo de la literatura gala en uno de sus momentos de mayor esplendor. De esplendor local y europeo al mismo tiempo; porque si el Renacimiento fue una tendencia de curso universal, con las virtudes y con los defectos de cada uno de estos dos poetas, y con su semejanza o su contraste, con las orientaciones literarias anteriores de Francia, se fue definiendo también, y con justeza, un matiz típico, peculiar, nacional.

Riva-Agüero elogia especialmente la poesía y los caracteres intelectuales y morales que ostenta Pedro de Ronsard. De extraordinaria calidad poética, con un fino sentido de la nobleza y la elegancia, una sensibilidad depurada y certera, y una riqueza formal caudalosa y galaña, Ronsard es sin duda alguna el primer gran poeta lírico de Francia; de vuelo mucho mayor y de recursos más completos que todos sus predecesores, incluyendo su casi contemporáneo, el agradable pero débil Marot. Ronsard pasó en su vida literaria por diversas etapas y se nutrió de variadas influencias; pero de todas ellas fue extrayendo una personalidad definida y jugosa, con el mismo seguro instinto y la misma

armoniosa complacencia con que supo conciliar su afán por la difusión de la lengua francesa y su afición por la obra de poetas italianos, helenos y latinos.

Se ha hablado de sus renovaciones formales, de su enriquecimiento o mejoramiento de la métrica, de su criterio para la depuración y el ponderado aumento del idioma de Francia. Riva-Agüero analiza en un capítulo su obra como lingüista, apoyando su sana doctrina de rejuvenecimiento de arcaísmos y asimilación de voces provinciales. Pero fuera de que en estos aspectos hay que delimitar su intervención (no todas esas ideas son exclusivamente suyas y, desde el punto de vista de la métrica, hay estrofas iguales en Marot y ritmos y combinaciones equivalentes un siglo antes), lo de mayor valor en Ronsard no está en la forma, por más noble y amable que ella sea, sino en la calidad interior, en el tono dilecto y generoso de su voz ejemplar.

Como coincidiendo con estos caracteres literarios, Riva-Agüero señala otros aspectos que son también reveladores del temperamento de Ronsard. Lo presenta, en los campos de la religión y la política, como hombre jerárquico, tradicional, ordenado y católico. Son expresiones de otra índole pero parejas a las de su poesía; que hacen que así como en la literatura tuvo una personalidad de más firmes perfiles que los otros, desde el punto de vista religioso (de tanta importancia en Francia en aquella época), su catolicismo resuelto y permanente no conociera las inconstantes andanzas hugonotes de Marot ni las posteriores veleidades acomodaticias de Malherbe.

En todo caso, su relieve fue tan definido que Ronsard no vale solamente como poeta aislado, sino como jefe y representante de toda una escuela gallarda: la Pléyade. Cultos y clasicistas, pero al mismo tiempo resueltos defensores de la capacidad de su lengua nativa (nacionalismo del idioma que es, por otra parte, otra de las características del Renacimiento), su manifiesto está expresado en la *Defensa e ilustración de la lengua francesa* de Joaquín du Bellay. Allí se encuentran las mismas ideas profundas de Ronsard; influencia en el mundo de lo teórico, como hay mucho también del armonioso ambiente ronsardiano en las composiciones de Belleau y de Baif, de Dorat y de Jodelle, y en las poesías del propio du Bellay, compañero fraterno de inquietudes y autor del bellissimo soneto, verdadera pieza de antología: *Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage...*

El copioso caudal literario de Ronsard se adelgaza y se encoge más tarde en el poeta representativo de la transición al siglo siguiente: Francisco de Malherbe. Más crítico que creador, más de razón que de imaginación, más cerebral que sensitivo, la poesía en manos suyas adquiere una rigidez formal, una dureza clara y pulida pero seca, en que el trabajoso cuidado de la forma contiene y aun supera los problemas del fondo. Riva-Agüero lo estudia y le critica francamente al compararlo con Ronsard, en uno de los capítulos más jugosos por la combatividad, la animación, la riqueza plástica y viva de la adjectivación que hay en su libro.

Es, por lo demás, un ataque inevitable, porque Malherbe, gramático severo, antecesor de las rigideces extremas de Boileau, cercó a la poesía francesa de su tiempo con una muralla de normas y de trabas que contrasta con la equilibrada y limpia soltura de Ronsard. Sus condiciones eran en alto grado de censor,

de preceptista teóricamente justo, aunque en la práctica no siempre afortunado (se ha dicho, por ejemplo, que medía los versos con la vista y no con el oído); pero no tenía el impulso suficiente para volar, con libres alas, por los campos del arte. Los graves reparos a Malherbe no implican, sin embargo, que se desconozcan sus dotes singulares, desplegadas en brillantes momentos y que se patentizan sobre todo en sus últimos años. Por algo su prestigio fue tan grande en su tiempo y su influencia indudable se mantuvo durante todo el siglo XVII y aun alcanzó, a través de las regulaciones extremas de Boileau, hasta el siglo siguiente. Pero en la poesía hay aspectos sutiles e impalpables que sólo de tarde en tarde animan el frío conjunto de su obra; y tan lo han sentido así las generaciones posteriores que, con el transcurso de los años, la fama y la alabanza de la poesía de Ronsard han ido creciendo, en tanto que ha descendido o amainado la apreciación de los versos de Malherbe.

Alzas y bajas literarias, depuración y renuevo de los gustos, que se han ido acendrando en este caso y han decidido con acierto el viejo diálogo entre la poesía de Ronsard y Malherbe, inclinándose hacia la calidad admirable del primero; en un sano dictamen de la crítica, de que es una muestra muy valiosa el hermoso volumen que José de la Riva-Agüero acaba de dar a la publicidad con tan lucido y franco éxito.

Aurelio Miró Quesada S.

**CASTRO FULGENCIO LOPEZ.**—*Relación, muy breve y elogiosa, de la vida y de la obra del primer escritor criollo del Perú, Garcilaso Inca de la Vega.*—Caracas, 1944.

El fino escritor venezolano acaba de publicar, en Caracas, una obra primorosamente impresa sobre el Inca Garcilaso de la Vega. La titula *Relación muy breve y elogiosa de la vida y la obra del primer escritor criollo del Perú, Garcilaso Inca de la Vega*, glosa y comentario de Castro Fulgencio López y la ilustran elegantes dibujos del artista Rafael Rivero. Los breves capítulos que son más bien estampas y que se caracterizan por su estilo elegante y por sus aciertos de expresión, se refieren a la infancia y adolescencia de nuestro próximo escritor, al que con justicia considera como precursor de la literatura historiográfica americana, a la ciudad imperial del Cusco, en los días nostálgicos de su adolescencia, a su viaje esperanzoso a España, a su iniciación literaria con su traducción de los Diálogos del Amor de León Hebreo, a su primera obra original, relativa al Descubrimiento de la Florida por Hernando de Soto, la que por "la técnica en la narración, la fluidez del estilo y la amenidad del conjunto abre a Garcilaso las puertas de la celebridad" y finalmente a su obra cumbre, superior a la Florida por su técnica y su obra literaria que "le dieron un salvoconducto definitivo a la inmortalidad: los Comentarios Reales aunque muriese con la pena de no haber sostenido el libro, entre sus manos cansadas".

José Pareja Paz Soldán.